

## Homenaje al padre Gustavo Gutiérrez

Con profundo pesar recibimos la noticia del fallecimiento del Padre Gustavo Gutiérrez Merino, O.P., ocurrido el pasado 22 de octubre, a los 96 años. Desde la Universidad Católica de Córdoba lo recordamos con especial gratitud por su visita a nuestra ciudad el 24 de julio de 2013, ocasión en la que recibió la distinción de Doctor Honoris Causa. Su presencia fue un acontecimiento significativo para nuestra comunidad universitaria, que tuvo el privilegio de encontrarse con una de las figuras más influyentes del pensamiento teológico latinoamericano del siglo XX. Honrar su memoria implica sostener viva la opción preferencial por los excluidos y continuar gestando, desde nuestro presente, una teología encarnada que aliente procesos verdaderamente humanizantes.

Gustavo Gutiérrez (1928-2024) fue un influyente teólogo y sacerdote peruano, reconocido como uno de los principales exponentes de la teología de la liberación en América Latina. Nació el 8 de junio de 1928 en Lima, Perú. Estudió medicina y letras en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos y, posteriormente, teología en la Universidad de Lovaina (Bélgica) y en la Universidad de Lyon (Francia). A lo largo de su carrera, Gutiérrez fue profesor en diversas universidades, incluyendo Michigan, Cambridge, Comillas, Berkeley y São Paulo. En 2003, recibió el Premio Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades. Fundó el Instituto Bartolomé de las Casas en Lima, dedicado a la investigación y promoción de la teología de la liberación.

“Fue un defensor incansable de la opción preferencial por los pobres, frase que él acuñó y que se integró al Magisterio de la Iglesia como un camino fundamental para vivir nuestra fe”<sup>1</sup>

Falleció el 22 de octubre de 2024 en Lima, a los 96 años. Su legado perdura en la transformación del pensamiento teológico y en la promoción de una iglesia que ubique a los excluidos en el centro de su reflexión.

## Palabras introductorias presentadas por el entonces padre Rector de la Universidad Católica de Córdoba, el padre Rafael Velasco S.J.

Buenas tardes, el 31 de diciembre de 1971 aparecía el más famoso libro de Gustavo Gutiérrez, *Teología de la liberación. Perspectivas*, que dio nombre a una corriente teológica surgida en Latinoamérica al fragor de Medellín y del método teológico empleado por el Concilio Vaticano Segundo en su Constitución Pastoral *Gaudium et spes*. Un método que incorpora el proceso inductivo partiendo desde la realidad, más que de las nociones teológicas en abstracto, iluminándola con la escritura y dejando que ilumine la fe. Este nuevo método inaugurado por *Gaudium et spes* ha significado un desafío para la teología católica posterior: hacer teología de las cosas temporarias y en diálogo con otras disciplinas científicas, evitando partir desde principios universales desencarnados que se aplican a toda situación y época.

Toda teología es un acto segundo, una reflexión sobre el acto de fe, “una hermenéutica de la esperanza vivida como un don del señor”, en palabras de Padre Gutiérrez. Y la teología de la liberación afirma que el lugar teológico ya no son solo los textos sagrados, sino también que hay lugares particulares en los que se manifiesta Dios, y ese lugar teológico refiere a la realidad. Es un lugar histórico, cultural, social, político. En Latinoamérica, el continente más injusto en cuanto a distribución

<sup>1</sup> Carlos Castillo, arzobispo de Lima.



de las riquezas, la realidad desde la que debe leerse la escritura es la del pueblo crucificado, “un pueblo históricamente crucificado”, decía Ignacio Ellacuría. Un pueblo crucificado, en otras épocas, por regímenes militares antidemocráticos y represivos, luego, por el neoliberalismo salvaje y, actualmente, por el capitalismo financiero que excluye a los pobres, por los abusos ambientales, y por una larga lista de penosos etcéteras. Ese pueblo pobre es el lugar desde el que la teología de la liberación elige leer la escritura. La razón más fuerte que sostiene esta opción, y a la que se va a referir seguramente Gustavo Gutiérrez cuando nos dirija su mensaje, es que, a lo largo de la historia de la salvación reflejada en la Biblia, Dios se revela tomando partido por el pobre, el huérfano y la viuda. En el Nuevo Testamento, el mismo Jesús manifestó que en los pobres él mismo se hace presente al afirmar “lo que hicieron a uno de mis hermanos más pequeños lo hicieron conmigo”. Desde los pobres, que suelen habitar el reverso de la historia, la periferia de la sociedad, y que conforman las grandes mayorías sufrientes, se comprende de manera diferente el evangelio. Los pobres, los crucificados, son signo de los tiempos, entendiendo signo como realidad que refiere a la presencia de Dios. Para la teología de la liberación, así como hay signos de la presencia de Dios, hay realidades que lo rechazan y en las que Dios no habita. El texto de José María Arguedas tomado de *Todas la sangres*, que está en la portada del libro de Gutiérrez, habla las claras de esto:

“Allí el viejo sacristán de San Pedro le dice al cura del pueblo vecino: Dios hay aquí en Lahuaymarca. De San Pedro se ha ido, creo para siempre. El cura le responde que está muy equivocado: ‘Dios está en todas partes, en todas partes...’. Pero el viejo sacristán, moviendo la cabeza negativamente, le dice: ‘¿Había Dios en los que rompieron el cuerpo del inocente maestro Bellido? ¿Dios está en el cuerpo de los ingenieros que están matando La Esmeralda? ¿De señor autoridad que quitó a sus dueños ese maizal donde jugaba la Virgen con su Hijito cada cosecha? No me hagas llorar padrecito...’”.

En el origen de la teología de la liberación hay un dejarse impactar y afectar por la realidad verdadera, por la realidad de los pobres, por la realidad de la injusticia y de la inequidad. Es una teología sustancialmente histórica, una teología urgente. Hugo Assman acusaba de cinismo a una teología que no se preocupase por los millones de muertos de hambre. El mismo Gustavo Gutiérrez afirma que la teología de la liberación nació del reto que para la fe representa la masiva e inhumana pobreza existente en América Latina y el Caribe. Esta lectura contextualizada de la fe y desde un lugar teológico, la perspectiva de los pobres, afecta todos los conceptos de la teología, porque refleja la fe creída desde América Latina. Ya no se plantean los conceptos de la teología solamente como nociones ahistóricas, sino teniendo en cuenta su significación existencial desde el lugar en que son leídas. Así, por ejemplo, el concepto de salvación, leído desde la realidad de pobreza, inequidad y exclusión, ya no se entiende solo como una experiencia íntima, personal, de perdón de los pecados, algo “meramente espiritual”, sino que es sinónimo de liberación social, política, económica y cultural justamente porque es un concepto profundamente espiritual.

Este método de reflexión teológica es un fuerte interrogante para el modo tradicional de comprender las ciencias y su pretendida neutralidad. La teología no es neutral porque es histórica. Toma partido, interpreta las realidades de las víctimas y, por lo tanto, tiene una palabra muy crítica con los verdugos y los que los amparan. Esta teología comprometida genera no pocas preguntas a las ciencias y su pretendida objetividad neutral. ¿Se puede hacer ciencia sin tener en cuenta el contexto de injusticia e inequidad? Por eso es bueno que la teología tenga un lugar en la universidad para dialogar con las



demás disciplinas académicas juntas a favor de los pobres y desfavorecidos. Por eso enseñamos teología en la Universidad Católica.

El padre Gustavo Gutiérrez representa un modo de hacer teología desde la realidad que, para nosotros, universitarios, es aliento para hacer ciencia desde la realidad, desde el reverso de la historia, desde las grandes mayorías, desde los márgenes, desde los pobres. Y esta es una cuestión central, porque, como lo afirma nuestro invitado en su libro *¿Dónde dormirán los pobres?*, “lo que está en juego en el asunto de la pobreza es la vida y la muerte de las personas”.

La distinción al padre Gustavo Gutiérrez significa un reconocimiento a su fecunda vida teológica y de compromiso con los pobres, pero también un acicate a la academia para dejarse afectar por su método teológico y, de este modo, animarnos a hacer ciencia que sea capaz, en palabras de Ignacio Ellacuría “de ser ciencia de los que no tienen voz”, el respaldo intelectual de los que en su realidad misma tienen la verdad y la razón aunque sea a veces a modo de despojo, pero que no cuentan con las razones académicas que justifiquen su verdad y su razón. Por esta causa nos honra y nos compromete esta distinción que otorgamos al padre Gutierrez. Nos honra por la calidad de su compromiso y de su obra y nos compromete como Universidad de la Iglesia Católica a dejarnos afectar por la realidad de los pobres y vulnerables en nuestro modo de ser universitario. Nos compromete a seguir intentando ser una universidad cuyo centro esté fuera de la universidad, es decir en la realidad a la que nos debemos. Una realidad herida por la injusticia y la inequidad y a la que los universitarios, en particular quienes estamos animados por el espíritu del Evangelio, tenemos la misión de comprender, interpretar, interpelar y ayudar a transformar. Esta distinción señala, de algún modo, lo que aspiramos a ser como universidad. Una universidad de calidad académica, como son los textos del padre Gutiérrez, y comprometida socialmente, como es la vida de nuestro doctorando. Hecho esto, desde la fe en Jesucristo siempre crucificado en nuestro pueblo sufriente, y siempre resucitando sus alegrías y esperanzas en la lucha de nuestros pueblos por su Liberación.

Tal vez el problema de la fe de nuestros pueblos no proviene tanto de la incredencia en Cristo, sino en lo que las religiones hemos hecho o hemos dejado hacer en nombre de Cristo. En este sentido, la teología de Gustavo Gutiérrez significa un llamado profético, no solo a la universidad, sino también hacia la institución eclesial, para que nuestra fe en Cristo no sea una coartada para justificar la convivencia con los ídolos de este mundo. Todos conocemos a estos ídolos: plata, prestigio, poder. En nombre de Cristo, no se puede aceptar ni menos justificar la coexistencia de la miseria y la injusticia con la fe cristiana. La fe en Cristo no es un analgésico para el dolor y un opiáceo para evadirnos de la realidad hacia un reino ultramundano. Es, por el contrario, una fuente de inspiración y aliento para nuestro compromiso universitario. El objetivo último de nuestra actividad universitaria es el cambio de las estructuras, es decir, que trabajamos con la fuerza de las palabras en la cultura críticamente para transformar las conciencias de una mirada más humana y más cristiana, pero también tenemos como horizonte último la intención de transformar la sociedad desde sus estructuras. Y la teología, en particular la visión teológica que encarna el padre Gustavo Gutiérrez, tiene una importante misión. Esta es, en palabras del mismo autor, “dar sentido a la existencia humana”, profundizar en la fe en un Dios, no del temor, sino como dice Albert Camus “que ríe con el hombre en los juegos calurosos del mar y del sol. Un Dios de la vida y la alegría” A esto nos dedicamos en la Universidad Católica de Córdoba, este es nuestro proyecto y nuestro intento animado por esta mirada teológica que representa claramente Gustavo Gutiérrez. Esta universidad es la que se honra a recibirla en sus claustros. Padre Gustavo Gutiérrez, le agradecemos profundamente su presencia hoy entre nosotros y le damos la bienvenida a la Universidad Católica de Córdoba. Muchas gracias.



## Discurso del padre Gustavo Gutiérrez en el marco de la entrega del Doctorado Honoris Causa

En primer lugar, naturalmente, quiero expresar mi acción de gracias por esta distinción. Soy una persona convencida de que distinciones como esta son regalos, obsequios, si se quiere. Y yo creo que nunca merecemos los regalos. Creo que lo único que cabe ante una cosa así, si bien no se merecen, es agradecer. Y yo quisiera agradecer, en la persona del rector de universidad, el padre Rafael, a la universidad por esa distinción que sin duda estimula a quien la recibe a seguir adelante con las opciones que han parecido a esta Universidad dignas de ser distinguidas con un Doctorado Honoris Causa. Gracias, entonces, y gracias a todos ustedes presentes acá por su presencia y su acogida, que en estos minutos me llegan muy personalmente.

Creo que la reflexión teológica tiene un carácter muy importante. Partiendo del mensaje cristiano y el testimonio de Jesús, es algo profundamente humano. Y por cierto es más que eso también. Si lo subrayo es porque a veces caemos en la consideración de que es algo religioso, como si pudiera haber una historia distinta a la historia humana. Vivimos una sola historia y en ella, entonces, vivimos como seres humanos, encontramos, creamos nuestra sociedad y, simultáneamente, vivimos la fe en el Señor. Y los creyentes juegan un rol decisivo en ese comportamiento. El padre Rafael en varios momentos ha insistido un poco en ese aspecto de la práctica, ¿cuántas veces hemos pensado que la vida cristiana vuela un poquito como si fuera otra historia, como estando fuera de este mundo? Cuando yo era un adolescente leí un libro de espiritualidad en el que, en un momento dado, el autor decía una frase que me impresionó: “una derrota ante los hombres es una victoria ante Dios”. Yo me lo creí, y pasé un tiempo de victoria en victoria ante Dios.

Esa manera, todavía presente y más o menos moderada, de ver la espiritualidad, muchas veces presenta dificultad para ver los alcances de aquello que llamamos la Encarnación. La noción de la Encarnación, la presencia en la historia del hijo de Dios, a veces encuentra la tendencia de ser enviada a otro mundo, el de lo espiritual (o espiritualista, porque tengo mucho respeto por la palabra espiritual, creo que es grande).

Se ha hablado de la teología de la liberación. Me van a permitir tocar, en unos minutos, algunos puntos de esta reflexión. Seguramente muchos de ustedes, sino todos, han oído hablar de esa frase acuñada entre Medellín y Puebla por reflexiones de las personas de comunidades cristianas: “la opción preferencial por los pobres”. Esa frase es acogida en Puebla dando nombre a un documento y haciéndose presente, luego, en muchos sectores de la vida de la iglesia en América Latina y el Caribe y, naturalmente, en las conferencias episcopales que siguieron a Puebla, Santo Domingo y, sobre todo, Aparecida. El tema de la opción preferencial por el pobre es trabajado en Puebla muy fuertemente. Ayudó mucho, además, el discurso inaugural de El papa Benedicto para fortalecer estas ideas. Es la noción central de lo que llamamos Teología de la Liberación. No excluye otras cosas que también están allí, pero me parece que allí se concentra bastante el sentido de esta reflexión.

Permítanme, entonces, que les hable de tres dimensiones de la opción preferencial por el pobre. Yo creo que lo primero que evoca la expresión, y no es falso, pero sí es insuficiente, es tomar partido por los pobres, incluso trabajar con ellos, entrar en el mundo del pobre. Y, como digo, no es falso, y eso es muy importante, pero tal vez no permite que veamos todo el alcance de la expresión. Y por eso me gustaría hacer una pequeña revisión de lo que acabo de llamar “dimensiones”.

Diría que la primera dimensión básica, de donde viene además todo el resto, es que la opción preferencial por el pobre es un componente. Un componente fundamental, aunque no el único, de aquello que llamamos “el seguimiento de Jesús”. La frase en latín *sequela christi*, seguir a Jesús, es una



vieja fórmula en la iglesia, citada muchas veces. También tenemos la de “imitación de Cristo”, pero *sequela christi* expresa algo que es muy importante cuando uno habla de espiritualidad y que es el dinamismo de seguimiento. La palabra espiritualidad es relativamente tardía en la vida de la iglesia para hablar de esto. No está mal, pero aparece más tarde, en Francia, en el siglo XVII más o menos, y hoy en día es más frecuente. La fórmula de seguimiento de Jesús es la clásica y mantiene su actualidad. Para hablar de seguimiento de Jesús, yo voy a emplear las dos palabras sin ningún problema.

Cuando digo “un componente” quiero decir que la opción preferencial por el pobre expresa aspectos del seguimiento de Jesús. Eso significa opción preferencial por el pobre: seguir a Jesús. Sé muy bien, pero lo trataré después, que es un poco lo que al comienzo mencionaba como la primera impresión, la opción preferencial por el pobre, ir hacia el mundo del pobre, solidaridad, etc. Correcto, pero el fundamento está en entender que la opción por el pobre es, como digo, un componente del seguimiento del señor, es decir, tomar en serio su testimonio. Y aquí voy a tomar una idea de un exégeta francés jesuita, el padre Xavier Léon-Dufour, que, en un artículo muy interesante e intuitivo, hace un buen número de años, habla de dos memorias de los cristianos. La primera es la que conocemos ampliamente. En la Eucaristía, en un momento dado decimos: “hagan esto en memoria mía”. Sin embargo, prioricemos un poco el cómo hacer memoria mía. En “memoria mía” a quien hay que recordar es a Jesús. Por consiguiente, hay que recordar sus gestos, sus curaciones, sus palabras, sus parábolas, su muerte, su resurrección. Es una memoria de la persona de Jesús, una memoria puntual. No es tanto la memoria de cenar juntos, sino que, en la cena, es hacer una memoria de él, del conjunto de su vida. Como esto es conocido, me parece importante recordarlo, pero no hace falta insistir demasiado.

La memoria es una noción sumamente importante en la Biblia. La raíz hebrea de memoria en el Primer Testamento aparece cientos de veces. La memoria de Dios, la memoria del creyente. Hay una brillante definición, breve, como acostumbraba San Agustín, que dice que “la memoria es el presente del pasado”. Brevísima y muy bien dicha. “Presente del pasado” quiere decir que no es una memoria del pasado, sino que es una memoria de lo que ese pasado significa hoy. Eso es lo que quiere decir la palabra “presente”. La memoria no es una fijación al pasado, no es nostalgia. La memoria no es tampoco sinónimo de historia, aunque, puedo hablar de una historia que relata hechos, pero no es este caso. La memoria recuerda lo esencial del pasado y lo que tiene significado hoy. El presente es muy importante para la frase “hagan memoria mía, hagan esto en memoria mía”. Quiere decir: háganlo el día de hoy para ustedes, de modo que lo que yo hice mucho tiempo tenga significado.

La memoria, además, es sinónimo de amor. En estos casos conocemos muy bien el lenguaje corriente, cuando, por ejemplo, decimos “oye, pero no me olvides”; o cuando alguien se despide de un niño o una niña y le dice “oye, ojalá que no me olvides”. “Que no me olvide” quiere decir que me ame y que yo sea significativo para él o para ella. Pues bien, esta es una primera idea de memoria que aparece en el enunciado. Luego, hay una segunda memoria que aparece en el Evangelio de Juan. Como ustedes seguramente saben y han observado, siempre ha llamado la atención el hecho de que el relato de la institución de la eucaristía no está en Juan. Mateo, Marcos, Lucas nos cuentan la última cena, Juan también, pero, dentro de la última cena, la institución de la eucaristía, con la fórmula que he recordado hace un momento, no aparece en Juan. Es cierto que el evangelio de Juan tiene otra conformación. Es distinto a los llamados sinópticos, que por eso se llaman sinópticos; entre ellos hay una sinopsis, un conjunto de cosas y de puntos muy cercanos. Juan (si me permiten lo diré de una manera un poquito coloquial) es un francotirador, y, por eso, cuando coincide con los sinópticos, hay que parar la oreja (o abrir los ojos) porque ciertamente hay algo importante. Si bien allí no aparece el relato de la institución de la eucaristía, sí hay algo, y es el lavado de pies. Dentro de su relato de la última cena (eso sí lo traen los cuatro evangelios) tenemos a Jesús que toma una toalla y una jofaina con agua para lavarles los pies.



Se acerca a los discípulos, y Pedro, que, ustedes saben, siempre fue muy impulsivo, un primario psicológicamente, dice: “No, a mí no” y luego, cuando el Señor le dice “A ti te conviene que te lave los pies”, dice, ¡ah!, entonces lávame el cuerpo entero.

Termina el lavado y Jesús les dice a sus discípulos ¿Han entendido lo que he hecho? Era una pregunta retórica, porque no habían entendido nada. Yo he hecho esto para que ustedes tomen el ejemplo y lo sigan repitiendo. Para que lo hagan. Yo creo que Léon-Dufour tiene mucha razón cuando dice que, en este momento, esta segunda memoria (segunda en el enunciado, no es que sea segunda es un orden de importancia. Es tan importante como la primera), es el servicio humilde a otras personas. Era costumbre en esa época (por lo menos es una de las explicaciones, porque siempre hay una pequeña discusión en esas cosas) que el anfitrión que invitaba a una cena, es el caso de Jesús en la última cena, que invita a sus discípulos, enviara a sus servidores a lavarle los pies a sus invitados. Esto se justifica por los caminos de tierra. Sino, lo hacía él mismo, con lo cual los honraba aún más. Pues bien, Jesús hace eso. Y en la fórmula no está la palabra “memoria”, pero sí el hecho de decir “he hecho esto para que ustedes también lo hagan”, o sea, “hagan memoria mía y hagan también esto”.

Igualmente, es bueno decir que no se trata en verdad de dos memorias. La una no puede vivir sin la otra. Si recordamos la vida de Jesús, hablé de un recuerdo de su testimonio global, no podemos desligar eso del servicio al otro. Y a su vez, no podemos desligar el servicio al otro de la eucaristía, que es una acción de gracias por el testimonio de Jesús. Y, por consiguiente, a la larga, no hay sino una memoria, una sola memoria. Pero, según la célebre y viejísima frase “distinguimos para unir”, digo dos memorias para decir finalmente que hay una sola.

¿Cómo hacemos memoria de Jesús? estoy hablando del seguimiento de Jesús, hacer memoria es seguir sus pasos. Pues bien, lo hacemos a través de la Eucaristía, acción de gracias, recuerdo de su testimonio. Simultáneamente, lo hacemos sirviendo al otro, y sirviendo, he insistido, en la humildad. En el sentido de que Jesús mismo dice “Ustedes me llaman el Señor y el Maestro, y lo soy, pero hago esto justamente porque soy.” Jesús es un maestro y un señor de servicio y no de dominación. El conjunto de ambas cosas y la dimensión de la opción preferencial por el pobre, están ligadas estrechamente al seguimiento de Jesús, es decir, a ser cristiano. Lo primero, de alguna manera, es el otro. Esto no es solamente una cuestión teológica o bíblica. Hay algunas corrientes en filosofía que insisten mucho en el papel del otro. Pues, yo creo que la opción preferencial por el pobre es precisamente esa opción. Es la memoria del servicio de Jesús, de ese lavado de pies.

Como ustedes saben, esa escena aparece en la liturgia del jueves santo, pero, claro, finalmente resulta un poquito formal allí ¿No es cierto? Y, de alguna manera, me parece que en general, los fieles cristianos no le dan todo el peso que merece. Casi parece una broma estar lavando los pies y, en fin, perdemos el sentido. Creo, por eso, que el artículo acabo de referir, que tiene más de veinte años de existencia, es interesante porque lo valoriza, expresa algo y, naturalmente, lo que ha hecho Juan es hacer ver que el servicio al otro está indisolublemente ligado a la memoria de Jesús, o sea, a la eucaristía. Lo pone en el mismo contexto de la última cena.

La opción preferencial por el pobre, entonces, tiene ese lazo estrecho con el seguimiento de Jesús y, en ese caso, ayuda a que las cosas cambien en profundidad. Si no colocamos la opción por el pobre en esa perspectiva la veremos simplemente como un gesto bueno, interesante y válido, casi como una estrategia pastoral: “hay que ir hacia los pobres, los que son los últimos de la sociedad y, por lo tanto, cristianamente hablando, deben estar cercanos para nosotros”. Y eso es correcto también, pero pierde el sentido más profundo, que es que si no ponemos en nuestras vidas esa prioridad de los maltratados, de los insignificantes, de las no personas, de los marginados, cojea ciertamente nuestro



seguimiento de Jesús. Y no es cuestión de decir “yo tengo otras cosas cristianas que me interesan, otros tomarán la opción por el pobre, y yo tomo otra opción”. No hay modo de decir eso.

En el evangelio de Mateo se dice dos veces “los últimos serán los primeros”. Está muy presente. Yo sé que es sumamente exigente lo que estoy planteando, pero es así. La raíz de la opción por el pobre está en la espiritualidad, es decir, en ser cristiano. La espiritualidad fundamentalmente es eso, y si hay diferentes espiritualidades en la iglesia es porque cada una parte de circunstancias muy precisas. Siempre vienen de alguna experiencia. Si tomamos algunas de las grandes, que han atravesado siglos, por ejemplo, la espiritualidad franciscana, ignaciana, son experiencias de quienes de alguna manera dan el primer paso en una línea de seguimiento de Jesús. Hoy en día es muy importante la actualidad y el presente, y eso es exigente en la vida cristiana. Creo que por la noción que tenemos del pobre, podemos comprender mejor la prioridad de ellos. Y eso (todavía me mantengo en la primera dimensión) nos lleva a decir dos palabras sobre el pobre.

Con algunos amigos, presentes aquí, hemos conversado un poco esta mañana. Naturalmente, cuando hablamos de opción preferencial por el pobre hablamos del pobre real. Si ustedes prefieren pueden usar la palabra material. No me gusta mucho, pero en todo caso eso es lo que he querido decir. Es decir, la opción por quienes viven una situación de insignificancia social. La gente que no pesa, que cuyos derechos humanos no son reconocidos, cuya dignidad humana, por consecuencia, no es tampoco reconocida, y vive una situación marginada. Las conferencias episcopales latinoamericanas y caribeñas se refieren a esta pobreza, literalmente, como una realidad inhumana y antievangélica. Hablamos, entonces, del pobre real. Naturalmente, lo conocemos bien, existe en los evangelios, (partiendo sobre todo de Mateo, pero en realidad podemos verlo de diferentes maneras en otros lugares) la noción de los pobres de espíritu. Lo conocemos por la primera bienaventuranza de Mateo: “Bienaventurados los pobres de espíritu”. Hay una bibliografía muy amplia sobre eso, alguna gente debe haber agarrado una especie de tortícolis mental por tratar de decir qué significa. Y entonces dicen: “claro, los que escogen ser pobres...” y no es para tanto. Pobres de espíritu son aquellos que ponen su vida en manos de Dios. Esos son los pobres de espíritu. Es sinónimo de otra expresión, que es la del “niño espiritual”, o “infancia espiritual”. Tenemos a esa gran Santa, la Teresita, las dos Teresas son grandes santos, pero en este momento me refiero a “la pequeña”, que nos puso el tema de “infancia espiritual” como algo fundamental del seguimiento de Jesús. Y las otras bienaventuranzas, las siete u ocho que siguen, no son sino modalidades de poner nuestras vidas en manos de Dios. Niño espiritual y pobre espiritual son sinónimos, y en cierto modo, metáforas para poder explicar, a partir de hechos conocidos, una idea que no nos es tan evidente inicialmente.

La opción por los pobres es una opción por los pobres reales, no por los pobres espirituales. Qué fácil sería hacer la opción por los pobres espirituales, que son los santos, ¿quién no hace la opción por los santos? En cambio, haciendo la opción por los pobres reales, bueno, tenemos más de la mitad de la humanidad. Entonces, las cosas se plantean de ese modo, hablaba del pobre en sentido del pobre real, con la noción que hoy tenemos de la pobreza, como creada por los seres humanos, fabricada por los seres humanos y, por lo tanto, susceptible de cambiar, gracias a esas mismas manos humanas, de algún modo.

También quería recordar algo muy importante para nosotros en teología, que es tener presente la complejidad de la pobreza. Cuando hablamos del pobre no hablamos únicamente de la pobreza económica, sino de la insignificancia social. Y una persona puede ser insignificante por razones económicas, por el color de la piel, porque pertenece a una cultura que la cultura dominante considera inferior, por cuestiones de género. En nuestra sociedad, con cambios que han sido interesantes en las últimas décadas, pero todavía insuficientes, la condición femenina es una condición de insignificancia



social. Espero que me entiendan, no es que sea insignificante, sino que así es tratado en nuestro mundo. Entonces, es importante al hablar del pobre real. Hablamos de causas de la pobreza y hablamos también de esta complejidad.

Voy pasando a mi segunda dimensión, pero quisiera retomar algunas cosas de la primera. Ser cristiano es seguir los pasos de Jesús y, por lo tanto, cuando hablamos de opción preferencial por el pobre, no estamos pensando en algo que a algunos les interesa, o les gusta, y a otros no, pues no hay tal cosa. Es un elemento fundamental del seguimiento de Jesús. Ya lo había dicho, pero quería repetirlo al final de este primer punto.

Pasamos a la segunda dimensión de la opción preferencial por el pobre. Esta se basa en el hecho de que la opción preferencial por el pobre no solo es un componente de la espiritualidad, sino que es también una manera de hacer teología. Nos lleva a pensar los mensajes cristianos desde los más pobres, desde los significantes. El padre Rafael tocó este punto en un momento de su presentación. Es una lectura que hacemos desde allí y que da resultados muy interesantes. No nos va a revelar otro evangelio, pero sí aspectos que conocemos o creímos conocer del mensaje de Jesús. Tomado desde el pobre, el evangelio nos va a renovar interpretaciones de muchas cosas que tenemos conocidas y a veces repetidas a lo largo de los siglos. Creo que hacer teología a partir de esto es importante.

Un teólogo francés, también, pero para compensar la cita de un jesuita, esta vez nombraré a un dominico, el padre Marie Dominique Chenu decía “¿qué cosa es una teología? una teología es una espiritualidad que ha encontrado la forma de reflexionar sobre ella misma.” Yo debo decir que a mí esa frase tan sencilla me impresionó cuando era estudiante de teología. ¿Qué cosa es la teología? es una espiritualidad. Pero una espiritualidad que reflexiona sobre mi propia vivencia del mensaje cristiano. Y creo que eso también es una manera de leer, no solamente el mensaje cristiano, sino leer la historia humana. Leerla de los últimos de ella. Voy a dar un pequeño ejemplo. Simplemente porque me lo regalaron, estuve leyendo hace un poco más de un año, un libro sobre los negros de origen africano en Estados Unidos durante la guerra civil. Guerra que tuvieron en el siglo XIX, tremenda guerra que duró más de tres años. La guerra civil aparece leída desde los esclavos negros, (que estaban de los dos lados ¿no?, no por voluntad sino porque vivían, y pelearon, en ambos lados. Como acá, en nuestra independencia hemos tenido indígenas en el lado realista y en el lado de los que buscaban la independencia de nuestros países). Y entonces, claro, uno lee alguna otra cosa como, por ejemplo, *La cabaña del tío Tom*, y sobre Lincoln cariñosamente eliminando la esclavitud en Estados Unidos, y la idea se tambalea un poquito ¿no? No es que sea falso, pero, de todas maneras, todo ese asunto tomado desde los esclavos negros queda como en otra perspectiva, porque se lee desde abajo. Y esta gente pertenecía a la sociedad norteamericana, aunque sea del sótano donde estaba.

Hay una frase de un filósofo que me interesa mucho, sus intuiciones particularmente me interesan mucho, Walter Benjamín, quien era mucho más que un filósofo, ciertamente; además murió trágicamente tuvo una vida muy, muy dura. Él decía, “hay que pasar a contrapelo el cepillo por la historia humana, leerla desde abajo”. Eso se nos escapa muchas veces, pero así es. Y él lo comprendió muy bien. Yo creo que, en verdad, la opción preferencial por el pobre tiene esa nota, ser un punto de vista, un punto de partida.

Así como en el caso anterior, cuando dije que era un componente esencial de la espiritualidad, dije que no era el único, acá también cabe decir que esa lectura no es la única que hay que hacer. Pero sí es importante porque completa muchas cosas, cuestiona.

Todavía me gustaría decir algunas palabras sobre la palabra “preferencia”. Esta fórmula nace entre Medellín y Puebla, dos conferencias episcopales. En 1968, Medellín, y en 1979, Puebla. Es en esos años que nace la expresión. Puebla la acoge, como ya dije antes, y en Medellín, si bien no



encontramos la expresión, sí se puede ver el fundamento. Y ese fundamento se inspira mucho en Juan XXIII. Juan XXIII, exactamente un mes antes, 11 de septiembre, previo al comienzo del Vaticano Segundo, tiene una locución radial y en ella dice “frente a los países subdesarrollados la iglesia es y quiere ser la iglesia de todos y especialmente la iglesia de los pobres”. Esta temática no entró, por lo menos de lleno y enérgicamente, en los documentos del Concilio, pero, tres años después, Medellín sí entró en esa perspectiva. De alguna manera esa conferencia en Medellín pertenece al acontecimiento conciliar.

Pues bien, en la fórmula de opción preferencial por el pobre ustedes pueden ver la parte final de la frase que he citado: “la iglesia de todos” (universalidad) y especialmente “la iglesia de los pobres” y esto naturalmente es un dato fundamental, básico, del mensaje bíblico: “el amor de Dios es universal, no hay una sola persona que esté fuera del amor de Dios”. Cristiano o no cristiano, una persona buena o no, no hay nadie que esté fuera. Pero los más débiles son los primeros. La palabra pre-ferencia indica una precedencia, algo antes. Y “primero” es un número ordinal, los números ordinales exigen al siguiente. Si digo “primero” es porque hay un segundo, sino, digo “uno”. Uno no exige dos, y es lo que pasa con “preferencia”. El hablar de preferencia no quiere decir que los únicos que nos importen sean los más débiles de la sociedad. Lo que menciona Juan XXIII es que sean los primeros, o que deban serlo: iglesia de todos y especialmente iglesia de los pobres. La palabra preferencia quiere recordar la universalidad del amor de Dios, pero quiere recordar el otro hecho presente en el mensaje cristiano, que es que los últimos son los primeros. Esa es la razón de la palabra preferencia. Algunas personas le añaden a la fórmula “opción preferencial por el pobre, pero no exclusiva” o sea, preferente. Eso se llama en gramática un pleonasio.

Paso a la tercera dimensión de la opción preferencial por el pobre. Creo que es, también, una dimensión de la comunicación de la buena nueva, del mensaje, que es para lo que hacemos teología. Hacemos teología para ayudar al conjunto de la iglesia y a cada persona a comunicar las buenas nuevas. Y no solamente comunicamos con palabras, sino también con gestos. Esto está presente en el Dei verbo, uno de los documentos del Vaticano Segundo dedicados a la escritura.

Jesús nos anunció el reino a través de obras y de palabras. Pues bien, eso es comunicar. Pero, la palabra tiene el respaldo del testimonio, si no, es una palabra hueca, de labios para afuera, como se dice comúnmente. La perspectiva del pobre debe poder comunicar esto. El tema del pobre, la pobreza, es un tema presente en la Biblia de muchas maneras. Yo creo que es un modo de entender desde dónde hay que comunicar la buena nueva. Permítanme una comparación un poquito burda. ¿Ustedes recuerdan esa expresión, (hoy en día ya no se repite porque las circunstancias han cambiado) que se decía mucho en Estados Unidos, “lo que le va bien a la General Motors, le va bien a Estados Unidos”? Era la empresa más grande que había, y entonces, si le iba bien a la mayor empresa que existía en el país, le iba bien al país entero. Hoy en día ya no existe una empresa tan grande como esa. Ustedes dirán ¿qué tiene que ver esto con el evangelio y con los pobres, ¿no? Pues yo les dije que era un poco burda, pero sí creo que la expresión “si le va bien” puede ser dicha de otra manera: “si los pobres están ganando con el actual crecimiento económico de nuestros países, está bien”. De otra manera, aparece la famosa cuestión del chorreo, por ejemplo. Hay gente más cuidadosa hoy en día y no se dice tanto, pero todavía se escucha. Yo lo veo en mi país muy claramente, por no decir que lo veo en otros países también, pero por lo menos me meto con mi país para que no haya mayor problema. Se trata de pensar que lo que queda de ese crecimiento económico va a chorrear. Lo único que se olvida esta perspectiva es que en América Latina no respetamos mucho las leyes, y entonces lo que pasa en la práctica con este chorreo (que debería representar la ley de Newton de la gravedad ¿no?) es que, en lugar de chorrear para abajo,



chorrea para arriba. Pobre Newton ¿no es cierto? Yo no estoy ahora defendiendo los derechos de Newton, pero la verdad es que eso ocurre.

Hay un documento del episcopado norteamericano del año 86, donde está dicho lo que acabo de decir, salvo la broma de chorreo. Allí se encuentra el hecho de que la primera preocupación en un país tienen que ser los últimos de esa sociedad. El texto de los obispos trata sobre la economía de los Estados Unidos. Ellos expresan la idea de que si realmente a ese nivel, al nivel de los más pobres y marginados del país, las cosas mejoran, podemos decir que la economía va bien. Esto es muy antiguo en economía, pero lo hemos perdido. Muchos de los primeros economistas eran profesores de ética, entre ellos, Adam Smith, por ejemplo. Y entendían que la economía estaba al servicio del ser humano. Eso ha cambiado, la mentalidad de hoy en día sobre la economía es otra cosa. Hoy hay que ser concreto y eficaz. Para muchas personas y países, la economía ha llegado al extremo de, prácticamente, sacar de la escena a lo político. Allí estarán el presidente o los parlamentos, cualquiera sea, sin importar, siendo la economía la que tiene que caminar. Recordarán ustedes que hace un buen número de años cambió el mapa político de Italia. Cambió tanto, que uno tenía que volver a enterarse de los nombres de los partidos, porque habían desaparecido. Fue una gran crisis, no había manera de nombrar un Primer Ministro. En esa época leí a un economista que decía “gobernar Italia no es difícil, eso sí, es inútil” porque durante esta crisis política enorme, la economía caminaba. Y seguía creciendo mientras se echaban abajo unos y otros. A mí me pareció realmente muy aguda como observación, pensar que “si el país está caminando de todas maneras, aunque no haya gobierno, va a caminar.” Porque, claro, estaban muy centrados en una única dimensión. Pues bien, distinto de esta perspectiva, cuando hablamos de leer desde el pobre, hablamos justamente de tener criterio de opción preferencial por el pobre. Eso estaba en el documento de los obispos norteamericanos del 86, un documento muy bueno, no hemos tenido muchos iguales después. Allí se marca muy claramente ese criterio.

Al mismo tiempo, y aquí sí retomo una cosa que dije que era importante pero no única, se encuentra el trabajo directo con las personas. Eso es verdad. Pero, lo que he querido recordar es que la opción preferencial por el pobre no es una cuestión exclusivamente de estrategia pastoral o social, sino que es mucho más profunda. Comprende la espiritualidad, comprende la reflexión teológica y comprende la comunión, la comunicación del mensaje. Cuando yo era estudiante, casi Antiguo Testamento, a mitad del siglo pasado, cuando se hablaba de la misión de la iglesia, se decía: la misión de la iglesia es anunciar el evangelio. Es la primera misión, la más importante. Y de ella habría que sacar una consecuencia: animar lo temporal. Tal vez algunas personas de una edad, no necesariamente cercana a la mía, pero más o menos cercana, pueden acordarse de eso. Anunciar la palabra del evangelio y animar lo temporal. Había una cierta dualidad en el asunto. Eso ha cambiado. Hay algo muy presente hoy en día, incluso en intervenciones papales, desde Juan XXIII, siguiendo por Pablo VI, Juan Pablo II, algo en Benedicto y, ciertamente lo habrá también, y está, de alguna manera en el actual papa, y es decir que la justicia, la promoción de la justicia, forma parte de la evangelización. La idea anterior era, más o menos, decir que lo social es una preparación, o sea, que naturalmente tiene que haber justicia y, entonces, luego llega la palabra, que es la evangelización. Es un poco sutil el asunto, pero es este: promover la justicia forma parte del Evangelio. Forma parte de la comunicación de la buena nueva, no es algo previo, no es algo paralelo al anuncio de la palabra, sino que forman un conjunto. Cuando uno dice justicia, está hablando de la transformación de la historia. Ha aparecido también en referencias que hizo el padre Rafael. Si uno crea una sociedad justa, está naturalmente buscando transformar la historia. Entonces, la noción de justicia, que durante un tiempo se la consideraba como paralela al anuncio de la buena nueva, o como preparación, o como “creando las condiciones para que el evangelio pueda ser escuchado” (Yo recuerdo mucho que se decía eso en mi época de militancia como estudiante laico),



sonaba como si no fuera el evangelio. Y también lo es. No es lo único, por supuesto. La justicia no es el único punto de la evangelización, fundamentalmente lo es el amor. Pero el amor supone justicia. No se puede amar a alguien si no respeto sus derechos ¿verdad? Y, por consiguiente, cuando hablamos de opción preferencial por el pobre, debemos tener en cuenta que esta comunicación también hay que hacerla desde los más pobres.

Si me permiten daré una pequeña imagen, limitada como toda comparación. Muchas veces, hoy en día, una iglesia que está colocada en nuestra sociedad, sobre todo en un nivel social más elevado, incluso intelectual, universitario, aparece como yendo, esforzándose, enviando gente a trabajar en el mundo del pobre, involucrada en ensayos pastorales, muy generosos ciertamente. Yo creo que habría que cambiar un poquito la figura. Habría que salir del mundo del pobre para anunciar el evangelio a todo el mundo, pero partiendo desde los primeros. Y entonces, anunciar el evangelio sin olvidar jamás la universalidad del amor de Dios. Nunca.

Cuando digo esto de la opción por el pobre no es porque los pobres puedan ser idealizados. Tenemos a veces intervenciones mentales que van mucho por ahí: ¿Por qué la preferencia al pobre? Algunos dirán, con muy buena voluntad (yo de la buena voluntad nunca he dudado), “porque son muy buenos”. Eso no es cierto. No es cierto porque son seres humanos, y entre los pobres hay gente buena, regular, y bastante mala también. Pero eso lo hay en todas las capas sociales. Esa idealización del pobre, además, produce decepciones. Cuando la gente va a trabajar con los pobres un tiempo, después dice que no era lo que creían. ¿Y para que lo creíste antes, ¿no? Si realmente uno podría, desde el arranque, suponer algo distinto. ¿Por qué hay que optar por el pobre? ¡Porque son pobres! ¿Por qué el samaritano sale de su camino? Porque ve una persona en necesidad y, sin saber quién es, si es judío, o si es samaritano, lo ve medio muerto y, dice Lucas, deja su camino y se acerca. Y lo convierte en su prójimo. Esa es la clave de la parábola, le preguntan a Jesús “¿Quién es mi prójimo?” Bueno, “mi” es el posesivo de “yo” ¿no?, entonces, “mi prójimo” quiere decir quién en *mi mundo*, es mi prójimo. Bueno, Jesús, como buen judío (como decía un exégeta judío, siempre respondiendo con una pregunta a la pregunta que le hacen), no contesta esa pregunta. La parábola termina con la pregunta de Jesús, donde pregunta “¿quién de los tres fue prójimo? Todos habíamos pensado que el prójimo era el pobre que estaba en el suelo medio muerto, y no, eso no es exactamente el pobre, o sí, de esta manera que voy a decir. El prójimo hay que crearlo. Si yo me aproximo, para emplear una palabra cercana a la palabra prójimo, convierto a alguien en mi próximo, en mi prójimo, y así también me convierto yo en prójimo. La proximidad es recíproca. Otra manera de decirlo es, estrictamente hablando, que no tenemos prójimo, sino que hay que hacerlo. Yo puedo estar al lado de una persona, incluso 30 años, y que no sea mi prójimo, porque no me interesa como persona. Sí puede ser que utilice a esa persona, que cuide sus cosas, y haya un buen trato. Pero no conozco sus deseos y aspiraciones. Yo he visto mucho eso en el mundo muy pobre, sin ser el único caso, claro. El prójimo es una creación. Esa es la idea del acercamiento. Sale de su camino y convierte prójimo al herido y se hace prójimo él mismo. En ese sentido, sí, el herido es prójimo. Pero, ven, no en el sentido de que es “el pobrecito”, sino que el propio samaritano se hace prójimo. ¿Cómo hacer prójimo si no nos acercamos a otra persona, si no nos aproximamos? No es posible. Eso es muy importante porque ¿Por qué preferir al pobre? ¿porque los pobres son buenos? No todos lo son. No es la razón. La idealización, para poder justificar nuestro compromiso, dura unos cuantos meses, o un año, porque una vez allí, la gente cambia y se encuentra pensando que eso no era lo que habían creído. Lo que hay que entender es que la reciprocidad que crea la proximidad. Que hay un acto de opción, de libertad. El samaritano lo ve, “quién puede ser esa persona, no lo sé. Yo me acerco porque me necesita como ser humano”. Es el personaje más importante, narrativamente hablando, de la parábola, porque es el único de quien no sabemos nada. Es el anónimo



de la parábola. De todos los demás sabemos algo, por lo menos la función que cumplen en la sociedad. Los salteadores, cuya función social es robar. El levita y el sacerdote, ligados al templo, el samaritano pertenece al pueblo de Samarita, el dueño de la posada tiene una casa para recibir gente. De todos sabemos algo, del único que no sabemos nada es del herido, salvo una cosa, que es que esa persona necesita ayuda. Bueno, eso es fundamental. No es idealizar al otro.

Si me permiten diré una frase y voy a mi conclusión. Hay que optar por el pobre, no porque los pobres sean buenos, aunque los hay, y buenísimos, sino porque Dios es bueno. La razón fundamental de optar por el marginado es porque Dios lo ama, porque Dios es bueno. La bondad de Dios es razón última. Yo puedo tener otra razón que me impulse a acercarme y ayudar. Todas esas razones son válidas, pero, en última instancia, si me permite decirlo con la palabra un poquito más técnica, es una opción teocéntrica. Optar por el pobre es optar por el Dios de Jesús.

Termino entonces, me parece que hoy en día, Aparecida, como dije, retomó muy fuertemente el tema de la opción por el pobre. Si ustedes ven los números, allí por el 390 y tantos, hay toda una sección sobre el pobre, y el papa Benedicto allí dijo lo siguiente: “la opción preferencial por el pobre está implícita en la Fe en Cristo”. Bueno, la fe en Cristo es el corazón mismo de la fe cristiana. Es a partir de allí que sabemos todo el resto. Entonces, verán que la opción por el pobre, está en una categoría fundamental. La conferencia comenta la frase de Benedicto diciendo: la opción preferencial por el pobre nace de la fe en Cristo. Esa es la opción preferencial por el pobre. Claro, cuando uno llega a este momento, dice ¡Caramba, la cosa es mucho más exigente de lo que yo pensaba! Pues así es, no es mi culpa ¿saben? pero ciertamente la opción por el pobre no es únicamente, como digo, ir a trabajar, ya lo he dicho muchas veces. Lo que quiero decir es que hay algo mucho más exigente y, por lo tanto, creo que, en esta perspectiva, hay una cuestión de fe y de esperanza.

En su presentación, el padre Rafael habló de la teología como una hermenéutica de la esperanza, es decir una interpretación, y yo creo que es eso. La teología tiene que recordar qué motivos de esperanza estamos creando, y es una obligación del cristiano crear motivos de esperanza. Motivos de esperanza serán, por ejemplo, crear justicia alrededor nuestro, en nuestro país o nuestra zona. Eso es crear una cuestión de esperanza.

Bien, quería recordar esto que es central en la teología de la liberación y, naturalmente, les agradezco nuevamente la invitación a todos y su presencia también aquí esta noche.

